

Implicaciones recíprocas de realidad y verdad en la ética bonhoefferiana*

Lo mismo que sucede con otros capítulos de la temática bonhoefferiana, consideraciones sobre la verdad se encuentran dispersas a lo largo de toda su obra¹. Hacia el final de la misma es, sin embargo, cuando estas reflexiones se sistematizan, alcanzando al mismo tiempo madurez y una sugerente originalidad, bajo el título «¿Qué significa decir la verdad?».

En la sexta edición de la *Ética* constituye este trabajo el quinto y último capítulo, precisamente el que con más seguridad admite una fijación cronológica². Bonhoeffer parece haberle atribuido cierta importancia, ya que en sus cartas desde Tegel lo menciona en tres ocasiones: en primer lugar, da cuenta a su co-

* Abreviaturas: AS: *Akt und Sein*, München 1964. E: *Ética*, Barcelona 1968. GS: *Gesammelte Schriften*, München 1958-1974. RS: *Resistencia y sumisión. Cartas y apuntes desde el cautiverio*, Barcelona 1971. SC: *Sociología de la Iglesia. Sanctorum Communio*, Salamanca 1969.

¹ Entre los trabajos consagrados exclusivamente al tema figuran un sermón pronunciado en la Dreifaltigkeitskirche de Berlín el 24.7.1932, GS IV, 79-87, y una meditación del lunes de Pentecostés 1940, GS IV, 503-505, ambos comentarios a pasajes de Juan. Referencias aisladas u ocasionales a aspectos concretos de la verdad se hallan también, entre otros muchos lugares, en el *Bericht über den Studienaufenthalt im Union Theological Seminary zu New York (1930-1931)*, GS I, 85, 86, etc.; en la conferencia *Zur theologischen Begründung der Weltbundarbeit (1932)*, GS I, 140-158, y en el informe *Protestantismus ohne Reformation (1939)*, GS I, 323-354.

² E 259-266. El editor le ha añadido, a modo de apéndice, algunos párrafos de una carta de Bonhoeffer de 5.12.1943 que, al precisar su pensamiento en la misma línea, prolongan el inacabado capítulo. Sobre la época de la composición de éste, cfr. E. BETHGE, Prólogo a la sexta edición, E 4-6.

rresponsal de haberlo escrito³, y más tarde le adelanta unas cuantas ideas básicas de su desarrollo⁴.

Las breves páginas que cierran la *Ética* ofrecen un material de gran interés para conocer el criterio de Bonhoeffer sobre la relación entre realidad y verdad. Por eso vamos a estudiarlas con cierto detenimiento a lo largo de este trabajo, procurando precisarlas a la luz de otros pasajes.

DEL RECONOCIMIENTO DE LO REAL A LA CREACION DE REALIDAD

La realidad es ante todo para Bonhoeffer una magnitud dada: un conjunto, no sólo de objetos, sino también de hechos, relaciones e interdependencias que «está ahí», exterior (al menos provisionalmente) al espectador. El que éste mismo forme parte del total de la realidad no nos preocupa de momento. Ante él se presenta lo real como un campo de observación, sobre cuyas particularidades y circunstancias cabe reflexionar.

Más aún: dada la dimensión ética que necesariamente lo acompaña, un conocimiento cada vez más depurado de lo real constituirá un insoslayable componente de toda actuación ética⁵. Conocimiento de la realidad equivale entonces a una toma de posiciones por la que el agente ético se sitúa en el medio en que se ha de desarrollar su acción y ante los materiales de que ésta se ha de servir.

Lo que Bonhoeffer señalaba ya en *Sociología de la Iglesia* sobre esa parcela concreta de la realidad que es el Otro, es igualmente válido para todo el conjunto de lo real:

“Nunca se llega a la realidad del otro por los caminos de la teoría del conocimiento o de la metafísica. La realidad es sencillamente indeducible, sólo un dato que se puede aceptar o rechazar, pero al que nunca se le debe buscar su razón de ser”⁶.

Aunque parezca paradójico, en esta característica de la reali-

³ Carta a E. Bethge de 18.11.1943. RS 93.

⁴ Cartas a E. Bethge de 5 y 15.12.1943. RS 110, 113.

⁵ E 260. O con otra formulación equivalente: “Sólo participando de la realidad participamos, asimismo, del bien”, E 133. Más adelante tendremos ocasión de ver cómo lo que es conforme a la realidad no es sólo el obrar ético, sino, dando un paso más, “la acción conforme a Cristo”, E 160.

⁶ SC 247.

dad reside precisamente la dificultad de un reconocimiento honesto de la misma. Es demasiado grande la tentación elucubran- te, que pasa por encima de los hechos tal como se imponen a una constatación objetiva para darles una interpretación de acuerdo con intereses preconcebidos. La tentación de violentar a la reali- dad haciendo de ella una estructura ideológica. Bonhoeffer había denunciado ya este peligro en una conferencia, que al mismo tiem- po constituye una extraordinaria muestra de lucidez ante la situa- ción alemana al día siguiente de la subida de Hitler al poder:

“El sentido de la realidad de los más jóvenes se ha transfor- mado y transforma en una metafísica de la realidad. No se toma la realidad tal como es, tampoco se reflexiona sobre lo que puede ser o no ser, sino que se la toma como aquello que debería ser, se la considera sin el menor escepticismo capaz de toda clase de formas y evoluciones... Donde esa metafísica de la realidad se une con la constatación de una necesidad política concreta, surge un pensamiento político-milenarista como el que caracteriza hoy a am- plios sectores de la generación más joven”⁷.

Tomar en serio la realidad es la actitud opuesta a los montajes ideológicos que se esfuerzan más o menos conscientemente por en- mascararlos. Esto no tiene nada que ver con el simplismo de una actitud irreflexiva o aproblemática. La reflexión sobre la realidad es necesaria y deberá ser ejercida, pero como un estadio subsi- guiente y claramente diferenciado de la percepción misma de la realidad.

Tan lejos está Bonhoeffer de poner en duda el papel que co- rresponde a esta reflexión, que la sitúa en el origen mismo de la verdad. Decir la verdad no es para él «solamente una cuestión de la forma de pensar, sino también del adecuado conocimiento y seria consideración de las circunstancias reales»⁸. Existe, por tanto, una correlación que coloca a la verdad en estrecha depen- dencia de la percepción de lo real: cuanto esta percepción sea más afinada y el sujeto más capaz de tomar en consideración to- dos los datos que le ofrece la realidad, tanto más cerca se hallará de una manifestación veraz. En cierto sentido, se podría decir que

⁷ *Der Führer und der einzelne in der jungen Generation* (1933). GS II, 24-25.

⁸ E 260 (Tr. n. Señalamos con esta abreviatura aquellos casos en que, por juzgar que no reflejaban del todo adecuadamente el original, hemos preferido otra traducción a la ya publicada). El mismo criterio identifica unos párrafos más adelante “hablar verazmente” con “decir cómo es realmente una cosa”, E. 260.

realidad y verdad mantienen recíprocamente la relación de un objeto a su imagen reflejada en un espejo. De aquí que según la mayor o menor fidelidad de esta imagen se pueda hablar de grados de verdad, de una verdad «más conforme a la realidad»⁹, que crece en proporción directa a la intensidad y amplitud de su adecuación con esta última.

Dos criterios básicos se deducen de las consideraciones de Bonhoeffer sobre el conocimiento de la realidad:

1. Una postura de respeto ante la realidad significa permitir que sea ella quien dicte sus leyes. Esto implica en el sujeto, al menos provisionalmente, cierta pasiva receptividad, que, sin embargo, es necesaria como un presupuesto ineludible, a partir del cual será posible más tarde ejercer responsablemente una acción modificadora de esa realidad¹⁰.

2. Una postura de respeto ante la realidad significa todo lo contrario de un sometimiento a lo fáctico; pero tampoco supone una rebelión contra él. Lo fáctico y lo real no son magnitudes equivalentes. Lo fáctico coincide con lo «empíricamente comprobable»¹¹, noción vulgar de realidad que constituye el objeto material de la ética positivista. El concepto bonhoefferiano de realidad es más rico y profundo, e incluye como premisa básica la posibilidad de que esa realidad así concebida encuentre su fundamento en la última realidad, en Dios.

La realidad se halla, por tanto, por encima de lo fáctico, y puede subrayar su autonomía tanto por el reconocimiento como por el enfrentamiento respecto de este último:

“Así como el servilismo ante lo fáctico no puede satisfacer el

⁹ E 262 (Tr. n.) Se trata del maestro que pregunta al niño en presencia de la clase si es cierto que su padre se emborracha. En este caso, la realidad a la que es preciso atender no es la verificabilidad de este hecho, sino los derechos de la intimidad familiar que hay que salvaguardar ante los extraños. Consiguientemente, una respuesta negativa “falsa” puede ser más “verdadera” por haber tenido en cuenta una dimensión superior de la “realidad”.

¹⁰ “El responsable no tiene que imponer a la realidad una ley extraña, sino que más bien la conducta del responsable es en sentido auténtico ‘conforme a la realidad’”, E 159. Cfr. *Die Geschichte und das Gute* (1942), GS III, 458.

¹¹ E 135. Esta distinción había sido puesta de relieve mucho antes por Bonhoeffer al aludir al equívoco que confunde a la Iglesia con una agrupación religiosa, con lo que “no se tiene en cuenta el carácter de las nuevas relaciones fundamentales que han sido instituidas por Dios por encima de los ‘motivos religiosos’ (tendencia a la misión, necesidad de comunicación, etc.) que llevan *de hecho* a una comunidad *empírica*”, SG 93 (Subr. n.)

auténtico sentido de lo conforme con la realidad, tampoco puede satisfacerlo la contradicción, la rebelión por principio contra lo fáctico en nombre de cualquier realidad más alta e ideal”¹².

La razón de tal independencia ante lo fáctico nos lleva a las últimas profundidades de la visión bonhoefferiana: es el contacto personal con lo que constituye el trasfondo último de la realidad, mejor dicho (porque «la realidad no es, ante todo, una abstracción»), del que de veras y antonomásicamente es real, del Dios hecho hombre:

“Toda facticidad recibe de aquel real cuyo nombre es Jesucristo su última fundamentación y su última abolición, su justificación y su postrera contradicción, su último sí y su último no”¹³.

Pero la realidad no sólo es hallada, conocida o reconocida como una magnitud preexistente con la que se enfrenta el observador. Si no queremos minimizar el horizonte de lo real reduciéndolo a una dimensión estática, hay que añadir que la realidad es también manipulada, edificada y, en un sentido lato, creada.

Esto quiere decir que existe en la realidad misma una potencia de crecimiento, y en el sujeto la posibilidad y la capacidad de contribuir a él. Más aún, el hombre debe poseer los medios de dirigir ese desenvolvimiento de la realidad, de ordenarlos y darles un sentido. De otra forma amenaza el peligro de que las fuerzas ciegas, que «también» se integran en lo real, adquieran una preponderancia que trastorne decisivamente el recto orden de valores.

En una homilía berlinesa, pronunciada el primer domingo de Adviento, presenta Bonhoeffer programáticamente esa tarea del hombre, su misión de independencia y su vocación de señorío respecto a las fuerzas de una realidad desencadenada. Después de haber bosquejado la situación con tonos que sólo parecerán exageradamente apocalípticos a quien olvide la catástrofe que se cernía ya sobre la Europa de 1931, Bonhoeffer añade:

“En el reconocimiento de tal derrota del hombre ante la realidad surge la esperanza de una nueva especie de hombres, de una nueva gestación: la esperanza en el hombre del futuro... El hombre no debe declinar, tiene que afirmarse; las potencias de la

¹² E 159 (Tr. n.). Cfr. *Die Geschichte...* GS III, 458.

¹³ E 159 (Tr. n.). Cfr. *Die Geschichte...* GS III, 458-459.

realidad no deben pisotearle y esclavizarle; él debe permanecer señor del mundo, señor del futuro”¹⁴.

Evidentemente, el ideal es ese dominio de la realidad y esa clarividencia en su construcción que abran al hombre horizontes hacia el porvenir¹⁵. En otra ocasión dirá Bonhoeffer que «el futuro pertenece ya a la realidad»¹⁶. Sin duda es así si se piensa en las posibilidades de que disfrutaría el hombre, liberado de todos los determinismos, para actuar sobre ese porvenir suyo, prepararlo y darle un sentido, integrándolo así de alguna forma en la tarea de su hoy.

Pero Bonhoeffer va más allá. Para él existe sólo una fórmula para que «el futuro se le convierta al hombre en realidad viviente»: la enorme nostalgia hacia el Dios que viene, el «irrazonable y desmedido esperar» que es capaz de decir no a todas las ofertas de sustitutivos que quisieran entretenerlo, ciego y sordo contra todas las distracciones que pretenden interponerse entre él y ese futuro de Dios. Entonces es cuando el hombre ha llegado al óptimum de integración en la realidad. No sólo se extiende el ejercicio de su acción al presente, sino que también el futuro se encuentra, en cierta manera, bajo su influjo. La construcción de esa realidad, la «realización» de lo hipotético, adquiere así su forma y dimensión máxima, tanto en amplitud como en concentración e intensidad.

Tenemos que examinar ahora más de cerca cómo es posible esa «creación de realidad».

LA VERDAD DICHA Y LA VERDAD HECHA

La estrecha conexión entre verdad y realidad, que nos guió ya en la detección de lo real, se encuentra también en la base de

¹⁴ Homilía de 29.11.1931 sobre Lc 12,35-40. GS IV, 28.

¹⁵ Es imposible dejar de percibir los acentos nietzscheanos de las frases citadas. Bonhoeffer conocía y admiraba al solitario de Sils Maria, aunque creemos poder detectar un progresivo distanciamiento de él a lo largo de su vida. En 1929 se esforzaba en poner de relieve los aspectos cristianos de la teoría nietzscheana. Cfr. *Grundfragen einer christlichen Ethik*. GS V, 165 (=GS III, 53). La diferencia de apreciación se advierte en *Das Recht auf Selbstbehauptung* (1932), GS III, 265, y E 159, 180-181. Algunas coincidencias y disparidades entre ambos pueden verse en A. DUMAS, *Una teología de la realidad*, Bilbao 1971, 164-165, y J. J. ALEMANY, *La teología barcelonesa de D. Bonhoeffer*, Est. Ecl. 49 (1974) 74-75.

¹⁶ Carta a Chr. Bethge de 17.11.1941. GS II, 415.

las siguientes consideraciones. A partir de ella, indagaremos los aspectos dinámicos de una realidad que no sólo es hallada, sino que puede ser realizada.

Al tomar en serio la correlación existente en el seno del binomio verdad-realidad, atribuimos a la manifestación veraz la capacidad de detectar lo real. Pero este reconocimiento resultará estéril si no le sigue la proyección verbal de la realidad detectada, por la que ésta se enriquece con una nueva dimensión. Mientras lo real no llegue a ser expresado, se verá afectado de una cierta incomplección¹⁷. Así se pone de relieve el papel de la palabra, llamada a llevar a cabo esa función epifánica de la realidad; realidad de la que, por lo demás, ella misma forma parte¹⁸.

La misión de la palabra no se limita, por tanto, a denunciar la realidad con el máximo respeto a todo lo que ésta encierra. Esta es una primera tarea en cuya ejecución habrá de mantenerse alerta, ya que existe el peligro de que una mal entendida absolutización idolátrica de la verdad la convierta en un disimulado cinismo¹⁹.

Un paso ulterior nos hace caer en la cuenta de que esa dicción del «cómo» de la realidad implica la dicción del «qué» de la misma realidad. Lo real no es, en último término, algo distinto de las notas que lo constituyen. Se puede, por tanto, concluir legítimamente que en el ejercicio de la verdad se lleva a cabo una auténtica *creación verbal* de realidad. El ámbito de lo real queda acrecentado al integrarse en él la verdad pronunciada, verdad que al mismo tiempo tiene su origen en aquella realidad y la incrementa.

¹⁷ "Hay que expresar *lo real* con las palabras", E 263 (Subr. del autor). Unas páginas más adelante vuelve Bonhoeffer sobre la misma idea, iluminando esta vez el papel de la palabra desde otro enfoque por contraposición al papel del silencio: "Nuestra palabra está determinada a expresar lo real... y nuestro silencio debe ser el signo del límite que ha sido trazado a la palabra por medio de lo real", E 264.

¹⁸ "Cada una de las palabras es siempre parte de un conjunto de la realidad, que trata de expresarse en la palabra." Su presencia en el contexto de lo real no es, por lo demás, pasiva: "Nuestra palabra... se esfuerza por reconciliar y sanar lo real", labor en la que deberá aceptar y asumir todas las ambigüedades y contradicciones que la realidad comporta en sí misma. De ahí la importancia de acertar con la palabra adecuada: el encontrarla es cuestión de un esfuerzo serio, largo y en continuo avance sobre la base de la experiencia y el reconocimiento de lo real. E 261, 264.

¹⁹ "Decir la verdad... significa en mi opinión decir lo que una cosa es en realidad, esto es, respetar el secreto, la confidencia y el velo." Carta a E. Bethge de 5.12.1943. RS 110. Cfr. E 266.

Si la verdad *dicha* se apoya en lo real para dar lugar a un incremento de realidad, con tanta más razón cabe atribuir esta función realizante a la verdad *hecha*. Lo que en el primer caso debía verificarse a través de una mediación verbal, se lleva a efecto en el segundo con la inmediatez inherente a toda posición de actos.

Es característico que las afirmaciones de Bonhoeffer respecto de la verdad hecha se encuentren en un contexto homilético. Se podría temer que esta circunstancia les restase algo de rigor científico, adornándolas, por el contrario, con un innecesario y embarazoso aditamento pietista.

De hecho, la justificada aprensión de un fácil moralismo queda disipada al poner en relación estos textos con la insistencia, tan constante en la obra bonhoefferiana, del valor de la acción²⁰. Vistas a esta luz, se comprende que aquellas afirmaciones no son consecuencia de una pasajera efusión, sino que responden a un criterio que encuentra su expresión también en otras muchas páginas del teólogo alemán.

En la homilía pronunciada al terminar el curso berlinés de 1932 señala Bonhoeffer con énfasis la dimensión fáctica de la verdad: «Está claro que verdad y mentira no son solamente algo que se *dice*, sino también algo que se *hace*»²¹. Es decir, se da una relación con la verdad que va más allá de su mero reconocimiento, y más allá también de su expresión verbal. Es una inmersión de toda la vida en ella; una puesta en práctica no sólo de actos verdaderos, sino de la «verdad» simplemente.

No es ésta la única ocasión en que Bonhoeffer expresa ideas similares. En 1940 volverá a insistir sobre el mismo tema:

“La verdad tiene que llevarse a cabo; no debe ser solamente pensada o querida, sino hecha. La verdad surge por el obrar, que está en contraposición con la apariencia, con las tinieblas, en que acontece el mal”²².

²⁰ Al hablar de la responsabilidad tendremos ocasión de ocuparnos más detenidamente de estos aspectos. Recordemos solamente, entre tantos textos posibles, dos frases escritas en la Navidad de 1942, cuando la ocasional edificación moralizante había cedido ya definitivamente el puesto a la implacable lucidez de los últimos años: “Ni la espera inoperante ni la apática contemplación son actitudes cristianas... Es infinitamente más fácil padecer por obediencia a un mandato humano que hacerlo en la libertad del acto responsable y personalísimo.” *Al cabo de diez años*. RS 29-30 (Tr. n.).

²¹ Homilía de 24.7.1932 sobre Jn 8.32. GS IV, 25 (Subr. del a.)

²² Homilía del lunes de Pentecostés 1940 sobre Jn 3,16-21. GS IV, 503.

A través de la verdad practicada se llega, entonces, a una ampliación del campo de la realidad. Es un proceso sin fin, puesto que toda creación de realidad da lugar a su vez a un nuevo ejercicio de verdad, del que nuevamente se origina realidad.

En una segunda fase de este proceso, la verdad practicada actúa sobre la vida, a la que coloca en una dimensión de seriedad y rigor trascendente. A Bonhoeffer le llamará la atención que sus discípulos del Union Theological Seminary no vean la «radical exigencia de la verdad a la conformación de la vida»²³. Esta observación nos lleva a constatar una recíproca interacción en el doble juego de lo real y lo vital. Interacción que no supone una primacía de orden temporal en ninguno de sus componentes, pues más bien existe una simultaneidad por la que al mismo tiempo la vida encarna a la verdad, y ésta configura a la vida.

Cuando Bonhoeffer extrae las últimas consecuencias de estas afirmaciones, comprendemos qué importancia reviste para él esta ampliación del ámbito de lo real por medio de la práctica de la verdad. La realización de la verdad significa para él el acceso a la luz, esa luz que es una exigencia de la verdad misma. «Solamente obrando, obedeciendo, llevando a cabo la verdad, llegaremos a la luz.» En cierto sentido, aquí la realidad se trasciende a sí misma; no por la búsqueda de un trasmundanismo, que sería ajeno al pensamiento de Bonhoeffer (sobre todo al del último Bonhoeffer), sino por una suerte de transparencia que pone al descubierto sus últimas posibilidades intrínsecas.

En esa trayectoria, que comenzó en lo real (reconocido en la facticidad dada) y a través de lo real (expresado con palabras o practicado en obras) desemboca en lo real (creado), se introduce una nota que le despoja de todo acento banal. La verdad, al crear realidad, nos acompaña hasta una nueva dimensión:

“No llegarás a la luz pensando..., sino que (la alcanzarás) a través de lo que haces; desde luego, no por medio de un obrar cualquiera, sino haciendo la *verdad*. La verdad misma te conducirá, por medio de tus obras, a la luz”²⁴.

²³ *Bericht...* GS I, 85. Bonhoeffer critica en la mentalidad americana una concepción excesivamente utilitarista y pragmática de la verdad, que al condicionar ésta con frecuencia a la eficacia o al éxito la priva de su carácter más auténtico y de su última seriedad en relación con la vida.

²⁴ Hom. cit. GS IV, 503-504 (Subr. del a.)

LA MENTIRA COMO AMENAZA DE LO REAL

Bonhoeffer es perfectamente consciente de que este desarrollo, aparentemente tan optimista y positivo, cuenta con un reverso menos luminoso. En el fondo de ese avance hacia la creación de realidad existen elementos que lo ponen en peligro. Ellos pueden hacer no sólo que la constitución de la realidad resulte viciada «ab ovo», sino también que la misma realidad ya formada adolezca de esenciales defectos en su configuración interna.

Esto equivale a decir que la fragilidad de la realidad la coloca continuamente ante la posibilidad de recibir daño. De hecho, esta amenaza se halla presente en todas las actitudes que el sujeto adopta frente a la realidad, desde su reconocimiento a su creación. Bonhoeffer la designa genéricamente con el nombre de «mentira».

En esta palabra, cuyo contenido le resulta difícil de precisar²⁵, ve sobre todo «la destrucción y la enemistad contra lo real»²⁶. La realidad con la que nosotros nos encontramos no es la totalidad unitaria, sino que está desgarrada y en contradicción consigo misma. Está contaminada y fragmentada por el mal y el pecado, necesita reconciliación. Nuestra realidad no es la Realidad. En esta ruptura y negatividad tiene lugar la mentira. La verdad se identifica con el bien, y a través de la verdad que se hace y se dice, nuestra realidad llega a ser verdaderamente real; la mentira se identifica con el mal, y a través de la mentira que se dice y se hace, nuestra realidad se destruye.

Con frecuencia la mentira se disfraza de nobles apariencias, pero el engaño queda descubierto cuando se contraponen sus efectos reales con los de la verdad «auténtica»:

“Existe una verdad de Satanás. Su esencia consiste en que, bajo la apariencia de verdad, niega todo lo que es real. Vive del odio contra lo real, contra el mundo, que ha sido creado y amado por Dios. Aparencia llevar a cabo el juicio de Dios sobre el empecatamiento de lo real. Pero la verdad de Dios juzga a lo creado por amor, la verdad de Satanás lo juzga por envidia y odio. La

²⁵ Después de estudiar la situación a que nos hemos referido en la nota 9, intentando depurar a los términos “verdad” y “mentira” de sus significados convencionales y con frecuencia equívocos, Bonhoeffer añade: “Aparece ya aquí qué difícil es decir qué es propiamente mentira”, E 263.

²⁶ Carta a E. Bethge de 15.12.1943. RS 113 (Tr. n.).

verdad de Dios se ha hecho carne en el mundo; la verdad de Satanás es la muerte de todo lo real”²⁷.

Esta pseudo-verdad constituye una amenaza para la verdad en su reconocimiento y en su creación de realidad, es decir, precisamente en los mismos momentos en que está llamada a ejercer su acción positiva.

El reconocimiento de la realidad puede quedar falseado simplemente por una negación, bien sea de los datos, bien sea de la valoración que les corresponde en el contexto de lo real. Esta negación comienza quizá por desconocer la suprema realidad de Dios o rebelarse contra ella²⁸, pero se extiende también fácilmente al desconocimiento de otras realidades que tienen en El su fundamento. Del falseamiento de la «realidad de Dios» al de la «realidad como está en Dios» no hay más que un paso²⁹, y éste se da prontamente siempre que se pasa de largo junto a las verdaderas dimensiones de lo real, negándoles su profundidad última.

La creación de realidad se halla igualmente bajo la amenaza de la mentira. Incluso manteniendo un respeto por la verdad material puede ponerse en peligro la integridad de la verdad a un nivel más hondo. La palabra o la obra que estaban destinadas a crear realidad sufren, por un empleo abusivo, una perversión en sus funciones, convirtiéndose en destructoras³⁰. Más aún, ni siquiera la realidad ya constituida se libra de la amenaza desintegradora de la mentira, cuya esencia «radica a un nivel más profundo que el de la contradicción entre pensamiento y palabra»³¹. La fragilidad de lo real le expone, indefenso, a su fatal influjo.

La importancia de tal acción destructora es patente. La mentira que la efectúa consiste no solamente en la «negación y destrucción consciente y voluntaria de la realidad», sino que se alza contra el fundamento mismo de esa realidad, contra lo que cons-

²⁷ E 261 (Tr. n.; opinamos que *Satansweisheit* es una errata por *Satanswahrheit*, tal como lo exige el contexto y se repite dos veces más en el mismo párrafo).

²⁸ Homilía de 24.7.1932, GS IV, 85.

²⁹ Véase esta última fórmula en E 260, 264 y en la carta a E. Bethge de 15.12.1943, RS 113.

³⁰ La adulación, la hipocresía, hacen a mi palabra falsa, aun respetando la verdad material, porque “destruyo y deshago la realidad de la relación entre hombre y mujer o entre superior y subordinado, etc.”. En el extremo contrario, el cinismo, que pretende a toda costa decir la verdad sin distinguir circunstancias ni personas, es igualmente nocivo. E 261.

³¹ E 263.

tituye su apoyo y razón de ser. En último término, es una «oposición contra la Palabra de Dios, que él ha hablado en Cristo, y en la que descansa la creación»³².

Se da una correspondencia exacta, pues, entre las dimensiones de la verdad y las de la mentira. Si la verdad tiene una dimensión no solamente epistemológica, sino también ética, ontológica y sobre todo teológica, la mentira se mueve en los mismos niveles, sólo que con signo contrario. Por ello su operatividad, como la de la verdad, es englobante, abarca la totalidad de la existencia humana sin dejarse reducir a pormenores casuistas.

Afecta al pensar objetivo en cuanto ignora la limitación, la oscuridad y los secretos de la realidad. Perturba la comunicación interpersonal cuando surge una infidelidad, posible incluso en la utilización de palabras objetivamente «verdaderas». Obstaculiza la fe al alzarse contra la Palabra de Dios, de quien todo lo creado recibe realidad y verdad.

Permanecer en esta verdad, en oposición a la mentira, significa entonces saber callar ante lo que no es sino apariencia de realidad, como expresión de respeto ante la Realidad misma, y como muestra de amor a la frágil verdad constantemente amenazada. Ese saber callar, e incluso, paradójicamente, saber mentir, es una extraña pero cierta manera de respetar el misterio, de contribuir a que la realidad «contaminada» pueda hallar su purificación en Dios, pase a ser Realidad.

LA SITUACION EN LA REALIDAD COMO FORMA DE LIBERTAD

¿Cabe todavía la posibilidad de librarse de esta mentira? Bonhoeffer no lo duda. Si la mentira goza de los poderes destructores que hemos visto, la única forma de salvarse de su influjo será, lo acabamos de indicar, permanecer en la verdad. El verso de Juan (8,32), «la verdad os hará libres», ofrece al teólogo alemán el punto de partida para un desarrollo sobre el alcance de esa liberación³³.

La verdad está capacitada para efectuarla porque sólo a ella

³² E 263.

³³ Hom. cit. GS IV, 79-87. Pocas semanas más tarde, Bonhoeffer volvió sobre el tema, aunque dándole un tratamiento más superficial: *Andacht zum Semesterbeginn* (1932), GS IV, 142-143.

se le confía la tarea de situar al hombre en la realidad. Esta afirmación, que es aplicable a toda verdad en todos sus grados —si es que la verdad los admite y no es más bien una magnitud indivisible—, se refiere sobre todo a aquella verdad suprema que encierra por antonomasia todas las virtualidades para una apertura a la auténtica realidad: la verdad de Dios, la verdad de su Palabra. Bonhoeffer lo expresa en una frase que en el fondo contiene la clave de todo lo que venimos exponiendo en este capítulo sobre la relación entre realidad y verdad:

“Realidad verdadera es la realidad interpretada por la verdad de la Palabra de Dios, de manera que quien está en la realidad está también en la verdad, y viceversa”³⁴.

Al asignar este papel en la iluminación de lo real a la Palabra de Dios y su verdad, Bonhoeffer no manifiesta ideas fruto de la casualidad o de la inspiración del momento. Lo comprobamos al oírle, en un contexto totalmente distinto, subrayar una persuasión que no retrocede ni aun ante posibles consecuencias dolorosas:

“Lo que me importa en todos los discursos y actuaciones eclesíásticas es la primacía, la sola honra y verdad de la Palabra de Dios. No existe mayor servicio de amor que colocar a los hombres bajo la luz de la verdad de esa Palabra, incluso cuando hace daño.”

En los momentos difíciles se acentúan las radicales exigencias que presenta esta verdad:

“Nuestra mirada debe permanecer dirigida en tales horas de una decisión responsable solamente a la verdad de la Palabra de Dios, y no debe consentir ser jamás desviada hacia cualquier otra postura humana que se pudiera tomar frente a ella.”

Esta radicalidad es quien asegura el dinamismo liberador característico de la verdad:

“La mirada a la verdad del Espíritu Santo reconocida por nosotros es la mejor garantía para una disciplina eclesíástica y nos libera de la mirada a nuestra propia postura, que en todo caso es inadecuada a esa verdad”³⁵.

Se trata, pues, de una misión purificadora, que devuelve al ám-

³⁴ AS 65, nota 17.

³⁵ Carta a Fr. Schauer de 25.1.1936. GS II, 213-215.

bito de lo real la transparencia, la diafanidad de líneas que le hizo perder su aproximación a la mentira.

Al interpretar la realidad, la verdad abre los ojos del hombre para una captación profunda de lo que aquélla supone, superando los obstáculos interpuestos por las perspectivas engañosas. Es una liberación de todo lo que impide la vista clara y la recta ordenación de planos en el ámbito de lo real:

(Llegar a ser libre) "quiere decir: liberarse de sí mismo, de la mentira de que estoy solo, de que soy el centro del mundo; libre del odio con el que aniquilo la creación de Dios; liberarse de sí mismo para el otro..."³⁶.

La convergencia de líneas que presentan estos textos no ofrece lugar a dudas en cuanto al carácter de esta situación en la realidad. A riesgo de incurrir en equívocos juegos de palabras, podemos constatar en esta restauración del verdadero signo de las realidades el «realismo» de cuño más auténtico. En efecto, aquí se ejerce una fidelidad a lo real, en su dimensión más profunda, que impulsa al hombre a recobrar, con su libertad, el sentido de su vida y de su postura frente a sí mismo, ante Dios y ante los demás hombres. Su reconocimiento de la realidad le libera, por la verdad, dejándole abierto hacia horizontes que trascienden su propia limitación: «Ser libre no significa otra cosa que estar en el amor, y estar en el amor no significa otra cosa que estar en la verdad de Dios»³⁷.

JOSÉ J. ALEMANY

Universidad Comillas, Madrid.

³⁶ Hom. cit. GS IV, 86.

³⁷ Hom. cit. GS IV, 86.